

Literatura en la filosofía moral

María Teresa López de la Vieja

El uso de literatura en la filosofía muestra el papel heurístico, e incluso constructivo, que desempeña en ocasiones la imaginación. Ésta crea mundos, mundos posibles. Algunas veces desencadena también un proceso de reflexión, poniendo en evidencia la visión reducida de ciertos acontecimientos. Como si lo narrado fuera el envés de una trama real. En tal caso, la ficción actúa a modo de revulsivo, mostrando que los procedimientos eran limitados, que la información estaba aún incompleta, que las experiencias reales no habían sido tenidas del todo en cuenta, que los auténticos protagonistas no fueron escuchados... En general, la complejidad de las cuestiones prácticas requiere de procedimientos completos, también necesita de cierta amplitud de miras, a fin de llegar a entender la variedad de experiencias y de formas de vida. En las páginas siguientes se analizan tres posibles *usos de lo literario* en el ensayo filosófico: ejemplos, reconstrucción de formas de vida y argumentos literarios como puntos de partida para la filosofía moral y política.

De un lado, el punto de vista moral tiene que ser imparcial, universalizable. De otro lado, los valores y las experiencias no pueden tener esas características, tampoco son imparciales. Por tal razón, algunos autores contemporáneos han mostrado interés por lo literario y por su aportación positiva a la filosofía moral y política. Así, por ejemplo, M. Warnock¹ considera que la narrativa resulta adecuada para hablar sobre los valores. La literatura entendida de esta manera, como forma de conocimiento, de conocimiento indirecto, ofrece al menos tres posibilidades para la reflexión práctica:

a) La ficción aporta *ejemplos* para explicar mejor alguna cuestión teórica, tal vez demasiado complicada o abstracta. Las obras de Platón son buena prueba de este uso. Ahora bien, no está al alcance de todos la maestría de Platón en la

¹ Mary Warnock, *Imagination and Time*. Cambridge, Blackwell, 1994, pp. 87-108.

introducción de relatos, mitos, analogías, metáforas, etcétera. Con todo, siempre se puede intentar una presentación más atractiva de temas centrales mediante el apoyo de relatos apropiados. *b)* Lo literario proporciona información indirecta, que puede resultar decisiva para entender lo ajeno o lo distante, como ocurre con las *formas de vida*, caso de que éstas sean distintas. En caso, también, de que hubieran caído en el olvido y, por ese motivo, resultasen poco comprensibles. En general, el conocimiento de otras épocas, de otras prácticas o de formas de vivir que ya no existen, resultará más accesible al combinar los datos con la narración de situaciones particulares, reales o verosímiles. *c)* Por último, la escritura contribuye de forma decisiva a la comprensión del pasado cuando aquella actúa como “testigo estético”, por utilizar la terminología de J. Semprun. La escritura que articula realidad y ficción es un medio para expresar el daño causado por las *experiencias trágicas*, individuales y colectivas: guerra, exilio, prisión, campos de concentración, genocidio. La escritura muestra aquello de lo que no se puede hablar. En tales casos, la narración es una forma de compromiso.

Ejemplos

Esta libertad a la que me refiero podrían disfrutarla quienes dispusieran de un poder análogo al del antepasado del lidio Giges, que dicen era pastor al servicio del anterior rey de Lidia. Habiendo sobrevenido en cierta ocasión a una gran tormenta acompañada de un terremoto, se abrió la tierra y se produjo una sima en el lugar donde apacentaba sus rebaños. Ver esto y quedar lleno de asombro fue una misma cosa...²

Los ejemplos integrados en el texto filosófico sirven para ampliar o para clarificar los conceptos. El uso de ciertas analogías, símiles, relatos, metáforas, responde, por lo general, a este propósito. Estos recursos ilustran un tema, facilitan su comprensión, amplían un argumento, mantienen la atención de los lectores, etcétera. La mayoría de las veces el procedimiento literario sirve de introducción o como elemento añadido, ya que el relato, la metáfora, el mito, no modifican el curso del razonamiento propiamente dicho. Por tal motivo, cabe señalar que casi siempre los filósofos han utilizado los ejemplos literarios de dos formas, de manera ocasional o bien con propósitos sistemáticos.

1a. En la *manera ocasional*, los ejemplos sirven para conseguir una mejor exposición de las ideas, haciéndolas más asequibles para el auditorio o para

² Platón, *República*, 358e-360d.

los lectores. Los relatos resultan bastante atractivos para los lectores u oyentes; nada mejor, entonces, que lo narrativo para reforzar una larga y complicada explicación teórica. Por muy útil que resulte, sin embargo, la narración no está del todo amalgamada con los elementos teóricos, ni llega a ser relevante para la construcción del discurso filosófico. En esta modalidad, los recursos literarios funcionan como un instrumento pedagógico, por así decirlo. A veces el ejemplo añadirá claridad³ al análisis conceptual, si bien existe también el riesgo de lo contrario: que los ejemplos, analogías, metáforas, resulten triviales, que lleguen a desviar la atención de lo que parece importante o que induzcan a error. Platón creó un modelo difícil de imitar.

2a. Un uso más *sistemático* de los relatos, las metáforas, las analogías, pretende añadir nuevos elementos e incluso mayor densidad a los temas estrictamente filosóficos. La filosofía moral es especialmente sensible a esta mezcla entre lo conceptual y lo narrativo. Pues los casos prácticos han de ser analizados a partir de una información indirecta, al no contar de antemano con una base bien establecida de casos genéricos.⁴ A falta de algo así como un cuerpo de sentencias, precedentes o de jurisprudencia, los casos de la ética mejoran su presentación gracias a la información procedente de textos de carácter más narrativo. En los relatos de R. Walser,⁵ la ironía del modesto empleado consigue vencer poco a poco las barreras que le separaban de sus superiores; barreras de clase y de poder. Las instituciones más rígidas perpetúan esas diferencias, también la pobreza y la sumisión. Y, sin embargo, las relaciones pueden cambiar poco tiempo después, a favor de los más desafortunados. R. Walser⁶ —escritor suizo, actor, trabajó como criado— mostró en un tono menor las luchas cotidianas en las cuales, a veces, ganan la bondad y la inteligencia. A pesar o precisamente por haber estado ocultas tras las relaciones de dominio. Estos ejemplos ilustran sobre la fuerza de lo normativo —desde el lado más vulnerable de las relaciones sociales, en las obras de R. Walser— y pueden deparar también algunas sorpresas a la filosofía práctica: el mismo tema, exactamente el mismo se encuentra desarrollado en un tratado o un ensayo filosófico y, a la vez, en una novela. Así ocurre con el “reconoci-

³ Beardsmore analizaba la relevancia del estilo en filosofía, los desacuerdos entre los mismos filósofos sobre el uso de la literatura, así como el papel ambivalente de los ejemplos literarios en este ámbito (R. W. Beardsmore, “Literary Examples and Philosophical Confusion”, en Phillips Griffiths, ed., *Philosophy and Literature*. Cambridge, Universidad de Cambridge, 1984, pp. 59-73).

⁴ La ausencia de una base preanalítica bien establecida en ética, así como sus consecuencias, ha sido comentada por C. E. Alchourron y E. Bulygin, *Normative Systems*. Nueva York, Springer, 1971, pp. 1-6.

⁵ Robert Walser, *Der Gehülfe*. Fráncfort, Suhrkamp, 1992, p. 83.

⁶ R. Walser, *Jacob von Gunten*. Fráncfort, Suhrkamp, 1985, pp. 93-94.

miento mutuo”, analizado tanto por Hegel como por el escritor R. Walser.⁷

El uso de los ejemplos, en ambas modalidades, justifica que se hable de un tratamiento cognitivo de las narraciones. Puesto que los relatos llegan a aportar información y, dado el caso, mejoran el análisis de los problemas. Pues la narración presentaba experiencias similares a las del lector o el oyente. Sin entrar en otras consideraciones, se puede afirmar, en fin, que la apertura de la filosofía hacia lo literario no implica compromiso alguno con posiciones⁸ no cognitivistas, tampoco erosiona los procedimientos racionales. No lleva al descrédito de la cultura moderna, del universalismo moral, de la razón moderna, tal como han sugerido las críticas post o antimodernas. Cabe seguir una línea distinta: los relatos, lo literario, ofrecen ejemplos que aportan densidad a la escritura filosófica. La reflexión sobre el daño –en tercera persona– será, tal vez, más eficaz al ponerse en el lugar de quienes han experimentado el daño, en primera persona. Y en circunstancias particulares. La ficción crea ahí la distancia necesaria para entender, para ponernos en su lugar, para hacerles preguntas “como si” fueran interlocutores reales. Sabemos que no lo son. Los ejemplos ayudan a desencadenar este proceso complejo entre la imaginación y la comprensión.

Formas de vivir

Una segunda modalidad tiene que ver con el proceso de la memoria. La literatura tiene asimismo el poder de recrear el pasado, como si fuera real, con todo su colorido y su variedad. La memoria distorsiona los hechos, los aleja de nosotros. Tal vez por eso mismo resulta tan difícil entender formas de vida que han desaparecido. Al mismo tiempo, hay que recordar y hay que elaborar el pasado. De una parte, la historia, la ciencia, la filosofía se han ocupado de las formas de vida que pertenecen al pasado. Pero, de otra, conviene tener en cuenta que la filosofía –para no decir nada de las ciencias– ha sido una tradición débilmente establecida en ciertos contextos, sin capacidad para articular de modo satisfactorio la reflexión sobre el pasado, o los proyectos de futuro. En tales situaciones, la literatura ocupa un lugar peculiar en la construcción de la identidad y de las tradiciones culturales. Porque comunica algo que no

⁷ He analizado este caso significativo en “Hegel y R. Walser: el mutuo reconocimiento”, en M. T. López de la Vieja, *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*. Madrid, FCE, 1994, pp. 137-161.

⁸ Depaul asocia la recuperación de las funciones de la literatura y del arte con la crítica contra una investigación moral de tipo intelectualista (M. R. Depaul, “Argument and Perception: the Role of Literature in Moral Inquiry”, en *The Journal of Philosophy*, 1988, pp. 552-565).

estaba en la filosofía ni en la ciencia, aportando una visión que es importante.⁹ La ambigüedad de los textos literarios, su uso ficticio, no impide que, en ocasiones, sean el único medio para acceder¹⁰ a la información correspondiente. Los textos informan sólo parcialmente e indirectamente de lo que realmente sucedió, pero conservan toda su variedad, como si los hechos estuvieran sucediendo. Es definitiva, cuando las formas de vida han desaparecido o han caído en el olvido, cuando la filosofía, la ciencia o la historia no han tenido el desarrollo apropiado, la literatura contribuye —a su manera— al conocimiento del pasado.

Mundos o *formas de vida* cristalizan de nuevo gracias a la ficción, con personajes, detalles, anécdotas, paisajes bien dibujados. Todo esto puede llegar a través de una mirada irónica, capaz de reavivar una etapa, oscura para el lector de hoy. Las obras de G. von Rezzori¹¹ ejemplifican esta función de la escritura, reconstrucción de costumbres y de lugares destruidos para siempre. Las memorias y novelas de este autor —principalmente sus novelas— ponen ante la vista escenas propias de una época que ya nunca volverá, ambientadas en un lugar que ya ni siquiera existe. Europa central tiene hoy una configuración distinta, nuevas fronteras, países nuevos; los antiguos países han desaparecido o han modificado sus fronteras. Los personajes de novelas como, por ejemplo, *Un arriero en Chernopol* y *Memorias de un antisemita* se dedicaban a actividades hace tiempo en desuso. Los protagonistas vestían con ropas antiguas —uniformes de húsares, trajes regionales, trajes de fiesta, de caza, para ir a la ópera—, utilizaban dialectos y lenguas que casi nadie habla ya. Pero el universo recuperado por G. von Rezzori existió realmente, no hace tanto tiempo, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Existió en una región de Europa, la Bukowina, en la que coexistían distintas nacionalidades y formas de vivir. La escritura sirve para dejar constancia de que todo aquello era real, apenas unas décadas antes. La variedad de costumbres, lenguas y etnias procedía del antiguo Imperio austro-húngaro, en la región del Danubio. La desconfianza y las tensiones entre alemanes, judíos, rumanos, sajones, ucranianos, gitanos, rutenos, turcos, rusos,¹² polacos, búl-

⁹ Brudney mantiene que la literatura puede decir algo filosóficamente importante (D. Brudney, "Knowledge and Silence: 'The Golden Bowl' and Moral Philosophy", en *Critical Inquiry*, 16, 1989, pp. 397-437).

¹⁰ Empleé este argumento en la "Presentación", *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*, pp. 5-18.

¹¹ Von Rezzori asume esta condición del texto literario, tanto en sus novelas como en los escritos de carácter autobiográfico (Gregor von Rezzori, *Greisen-gemurmel*. Múnich, Bertelsmann, 1996, pp. 69 y 78-81).

¹² G. von Rezzori, *Maghrebinische Geschichten*. Hamburgo, Rowohlt, 1998, p. 11.

garos, armenios,¹³ no fueron un obstáculo insalvable para vivir, comerciar, hablar y crear una comunidad multicultural.¹⁴ Aquella forma de vivir dejó de existir con el triunfo del Tercer Reich. El escritor nació y vivió en aquel universo, que brillaba todavía en la etapa inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial. Chernopol o Tschernopol,¹⁵ la ciudad inventada por el escritor, es un trasunto de la ciudad real, Czernowitz.¹⁶ Situada en la zona de los Cárpatos, sede de la universidad más oriental del Imperio Austro-Húngaro, allí vivió los primeros años G. von Rezzori.

Czernowitz –Chernopol o Tschernopol en la ficción– era tan real como Viena y Berlín, lugares que en cierto modo también desaparecieron. Sí, desaparecieron como ciudades abiertas a todas las influencias, al haber perdido su anterior variedad y riqueza cultural –entre dos mundos, entre dos épocas, entre el Occidente y Oriente–,¹⁷ tras el ascenso del nacionalsocialismo. Antes de que todo aquello sucediera, antes de que desaparecieran sus amigos judíos y tantos otros amigos que, de la noche a la mañana, se convirtieron en extranjeros dentro de su nueva patria y en su propia lengua, antes de la mediocridad¹⁸ general, fomentada por los Nazis, antes la existencia era distinta. Alguien debe recordarlo. El mundo del ayer¹⁹ regresa en la escritura. El relato pretende mostrar con detalle cómo era un país, una región, dejando constancia de un pasado remoto para nosotros. Existieron en realidad aquella forma de vivir, un país, ciudades, ocupaciones, modos de hablar, costumbres que terminaron abruptamente con la guerra. Desaparecieron sin dejar apenas rastro. Los relatos adquieren así la condición de testimonio indirecto, como enés de una trama ya deshilvanada, perdida para siempre. El escritor irónico, cosmopolita, con dominio de varias lenguas, tan crítico como tolerante, que fue G. von Rezzori, vivió durante bastantes años como apátrida –tuvo pasaporte rumano, austriaco, después vivió en Estados Unidos, en Francia, en Italia–, ciudadano de ningún lugar y, por lo mismo, ciudadano del mundo. La Bukowina había dejado de existir.

Los paisajes que recuerda J. Llamazares tampoco existen ya. Muchos lugares que él conoció en su infancia han desaparecido bajo las aguas de las presas

¹³ La Bukowina aparece descrita como Babel y como amalgama de culturas (G. von Rezzori, *Greisen-gemurmel*, p. 35).

¹⁴ G. von Rezzori, *Mir auf der Spur*. Múnich, Bertelsmann, 1997, pp. 27 y 111.

¹⁵ G. von Rezzori, “Zur Phänomenologie der Stadt Tschernopol”, en *Ein Hermelin in Tschernopol*. Hamburgo, Rowohlt, 1966, pp. 11-16.

¹⁶ G. von Rezzori, *Mir auf der Spur*, pp. 18-21.

¹⁷ G. von Rezzori, *Greisen-gemurmel*, p. 146.

¹⁸ Von Rezzori criticaba la mediocridad de la época, así como el carisma negativo de A. Hitler (*ibid.*, pp. 206-208).

¹⁹ *Ibid.*, p. 158.

que fueron construidas en Castilla y León a partir de la posguerra. La memoria siempre es arbitraria, en este caso tan sólo recupera algunas imágenes desenfocadas. Porque aquellos paisajes y aquellas escenas formaban parte de una etapa oscura. Los pequeños pueblos mineros, las escuelas modestas, casas rurales donde se vivía con muchas penalidades, edificios que luego fueron derruidos, anegados, ruinas. El abandono en que quedaron aquellos lugares y las sensaciones olvidadas están de nuevo en las páginas de un libro. El olvido —voluntario o intencionado— había ido borrándolo todo. Gracias a la escritura vuelve a ser real el mundo de hace apenas unas décadas, aunque sólo sean imágenes de cine mudo o fotografías desvaídas; en blanco y negro. Del universo de aquellos años, de la infancia²⁰ —ese mundo existió no hace tanto, después de todo—, apenas sigue vivo el recuerdo del frío, un frío que no se iba nunca. La escritura lo recupera, junto con otros recuerdos que estaban ahí “como perros perdidos”.²¹

Argumentos

La literatura actúa en ocasiones como un ancla para los recuerdos, contrarrestando los efectos del tiempo. En otros momentos, el texto literario combate el olvido deliberado e injusto, al hablar en nombre de quienes no pudieron hacerlo. Muy a menudo se discute en filosofía y en ciencias sociales sobre el potencial de lo literario para reflejar los hechos, tal y como ocurrieron. Parece obvio que la ficción no describe lo ocurrido y, en este sentido, nunca desbancará a la investigación²² científica o filosófica. Sin embargo, lo literario tiene el privilegio de interpelar al lector, de motivarle, siendo un punto de partida para que éste llegue a reflexionar sobre sus creencias y sobre la información recibida de otras disciplinas. Por tanto, la literatura ha de ser considerada como un discurso valioso por sí mismo; además debería ser valorada como estímulo para la memoria y para la crítica de las opiniones y juicios establecidos. De una parte, la libertad de la escritura —al ir más allá y más acá de los hechos—, suple los vacíos de la memoria.

Así sucede con los relatos de G. von Rezzori. Con un lenguaje de una riqueza poco usual, el escritor recreaba formas de vivir que, tal vez, no fueran

²⁰ “Uno de ellos, el del jersey a rayas, soy yo. Hace frío (el viento barre la plaza e inclina los tendedores)” (J. Llamazares, *Escenas de cine mudo*. Barcelona, Seix Barral, 1994, p. 121).

²¹ *Ibid.*, p. 63.

²² R. Posner reconocía que la literatura no llega a desbancar a otros tipos de análisis, pero ofrece una perspectiva complementaria, “Conclusion”, en *Law and Literature*. Cambridge, Universidad de Harvard, 1988, pp. 353-364.

mejores ni más justas, pero sí menos triviales y menos cerradas que las que vinieron después. La prosa de J. Llamazares recompone un pasado ingrato, mientras una generación entera intenta olvidar. En ambos casos, la distancia estética responde a una forma de compromiso con una época y con una forma de vivir. La distancia se acorta, en cambio, cuando el autor se sirve de la escritura para hablar de heridas todavía abiertas. Los escritores que habían estado en la primera línea de los acontecimientos no separaron literatura e historia, al sentirse obligados a contar aquello de lo que nadie iba a escribir. Un ejemplo de esto: los cuentos de F. Ayala giran en torno a un acontecimiento o, mejor dicho, en torno a lo que él mismo ha denominado una “mutación histórica”.²³ El exilio y la Guerra civil aparecen en cada uno de los relatos.

A diferencia de los escritores españoles, G. Orwell²⁴ consiguió mantener cierta distancia con respecto a los hechos; tal vez por ello sí escribió sobre sus experiencias —en primera persona— del frente, en Aragón, donde combatió por la República al lado de los milicianos. Los escritores han trasladado de muy distintas maneras su experiencia directa de los grandes acontecimientos históricos. Con mayor o menor intensidad, sus relatos, obras de teatro, novelas, aportan todavía una información considerable sobre los hechos y sobre los valores que marcaron a una generación. Los lectores podrán reflexionar a partir de esa información personal, tal vez sesgada, pero auténtica, que fue desviada hacia el texto literario. Con ejemplos así, se debería reconocer que la literatura aporta elementos de interés para otras disciplinas, como la historia, la ciencia política, la filosofía. Cuando la literatura llena el vacío de los recuerdos, de recuerdos verdaderos —como en las obras de F. Ayala y de M. Aub—, adquiere un valor suplementario. Valor de testimonio indirecto.

Y todavía más: cuando la narración asume el punto de vista de quienes han padecido el daño y el olvido, entonces adquiere una dimensión moral y política. No se han escrito suficientes libros de memorias ni de historia —tal vez nunca se escriban— sobre episodios como la Guerra civil española, los asesinatos en masa durante el nacionalsocialismo, los desaparecidos en las dictaduras de Chile, de Argentina... Por eso existe la literatura comprometida con la memoria o una “justicia del texto”, según la expresión utilizada por A. Haverkamp.²⁵ Así pues, hablar de reflexión y de argumentos en lo narrativo no significa preferir la ficción a los documentos, ni lo imaginario antes que lo real. Significa aceptar el potencial reflexivo de la ficción, con

²³ F. Ayala, “Proemio”, en *La cabeza del cordero*. Madrid, Bibliotex, 2001, pp. 11-19.

²⁴ G. Orwell, *Homage to Catalonia*. Londres, Penguin, 1989, pp. 83-86.

²⁵ A. Haverkamp se refiere al interés antropológico de los textos que sirven para conocer y para no olvidar, “Die Gerechtigkeit der Texte”, en A. Haverkamp y R. Lachmann, *Memoria. Vergessen und Erinnern*, p. 18.

capacidad para imaginar quiénes eran, qué vieron, qué hicieron los derrotados de tantas guerras y tragedias. Imaginar no es lo mismo que reflexionar, aunque pueden ser complementarios.

No hay necesidad, pues, de mezclar este uso reflexivo y argumentativo de la literatura con las estrategias compensatorias,²⁶ sugeridas desde la filosofía para cuestionarla. Tampoco deriva hacia el “reencantamiento”²⁷ del mundo a través de medios no racionales. Sólo afirma que la literatura es *también* una forma de conocimiento, aunque siga diferentes reglas. Lo dicho hasta aquí lleva una sola conclusión: el discurso literario no sustituye al discurso filosófico, no lo pretende. La literatura completa la información que está al alcance de la filosofía, ejemplificando casos, mostrando formas de vida, señalando las atrocidades que causaron tanto daño a tantas personas.

²⁶ O. Marquard, *Subjektivität*. Fráncfort, Suhrkamp, 1989, pp. 106-140.

²⁷ A. Cascardi, “The Critique of Subjectivity and the Re-enchantment of the World”, en *Revue Internationale de Philosophie*, 196, 1996, pp. 243-263.